

IMAGEN RODIANA DEL LIBERTADOR

Escribe: RUPERTO MOLINA GRACIA

“Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica”.

Así comienza José Enrique Rodó su magnífico e inmortal ensayo sobre la personalidad del Libertador. La parrafada vigorosa del ensayista uruguayo, muestra al único, al inigualado, al auténtico y más completo Bolívar. Al devorar una a una sus palabras, se detiene el aliento, se experimenta una emoción incontenible.

Rodó no nos muestra un héroe clásico, prototipo. Nos enseña a un hombre. Tampoco a una humanidad común y corriente. Es su naturaleza la de los dioses del Olimpo greco-romano. Con todos sus defectos y caídas; pero dioses al fin. Con sus actitudes siempre grandes y siempre extremas. Tampoco se molesta Rodó, en comparar al Libertador con otros grandiosos arquetipos humanos. Para él, Bolívar no es ni más grande, ni igual, ni menos que cualquiera de los héroes de la historia universal. El lo concibe único. En el hijo de Caracas, encarna plenamente la fabulosa epopeya de la revolución americana. Porque no es Alejandro el Magno, ni Julio César, ni Napoleón, ni Gengis Kan. “La figura del Libertador —nos dice— no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra quedaría desvirtuada o trunca”. Y añade, “Bolívar, el revolucionario, el montonero, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente...”. No es, pues, el ideal europeo, ni asiático, ni el de algún otro confín. “Es el barro de América atravesado por el soplo del genio que transmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu y hace exhalar en él, en viva llama, una distinta y original heroicidad”.

Concibe al Libertador, en esa duplicidad de espíritu, de fondo y de forma, que son auténticas de la independencia americana. Por una parte, la inmensa y variada cultura; la cortesana caballerosidad; la ilustrada concepción política; la organización y disciplina militar; en suma, el espíritu de la ciudad, de la metrópoli. Por otro aspecto, nos enseña al émulo del

llanero; al hombre de caracteres aún primitivos; al “montonero” indisciplinado; al felino de irreductible fiereza. Es unas veces el brillante y fastuoso militar de radiante uniforme, en fiestas deslumbrantes, en recepciones fastuosas. Otras, el diplomático austero y prudente ante las asambleas de los notables y abogados granadinos. Otras, el centauro ante la inmensidad del llano, al lado de jinetes indómitos, harapientos, magníficos.

Era, así, el Libertador, personaje predestinado para una generación, una época, una situación, un medio. No solo era todo esto, sino que él mismo lo sabía; instintivamente, con infalible intuición de sí mismo. Por eso, luego de cien y más derrotas, vuelve a la carga; y con renovado vigor. De ahí, de esta percepción de la propia grandeza, ese orgullo y esa ambición de gloria inconmensurables.

La masa, aparentemente amorfa, con su milenario instinto, también lo intuía; veía en Bolívar al genio sin par. Al hombre superior. Al predestinado. Por eso le siguen hasta el fin; le admiran hasta el delirio; se sienten fascinadas, subyugadas, por su poderosa humanidad.

Ese orgullo inmenso, se manifiesta siempre en el Libertador. En todo momento. Jamás pierde él su estilo, su “elegancia heroica”. Bien nos lo dice Rodó:

“La preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda e imponente, que puede aparecer histriónica a los ojos de los que no hayan llegado a una cabal comprensión de su personalidad, pero que es rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que los mueve, confina en la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones”.

Así, en las grandes y en las pequeñas ocasiones, Bolívar aparece grande. Ora, cuando en el Aventino jura libertar un mundo. Ora, cuando ante el terremoto de Caracas, exclama con blasfemia y arrebató: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos!”. También cuando en el Chimborazo, en su delirio, clama “Libertaremos la América”. Dice Rodó, “en la batalla, en el triunfo, en la entrada a las ciudades, en el ejercicio del poder, o entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo sentimiento instintivo de esa que podríamos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria”.

Para engrandecer aún más el marco que rodea al Libertador, añade Rodó, el medio y el fenómeno múltiple de la independencia en el Sur de América. En aquellos países; se necesitó del militar y el guerrero académico: San Martín. También, hubo de existir el “montonero”, caudillo de las indisciplinadas huestes de la pampa: entonces fueron Artigas, Güemes, López. Asimismo, el tribuno y el escritor: Moreno.

En nuestra revolución, en cambio, Bolívar lo fue todo. Solo él pudo mandar a un epiléptico caudillo del llano: Páez. Al militar académico y letrado: Santander. Sucre. A los numerosos tribunos, escritores, intelectuales de Santafé y de Quito, lo mismo que a los “montoneros” venezolanos. Todos quedaron eclipsados ante su presencia. La armónica multiplicidad de su personalidad los colocaba a distancias abismales.